

Los aduladores

Jorge Chabat

A pesar de la transición democrática que México ha experimentado en los últimos años, a pesar de que el PRI perdió la Presidencia hace nueve años, a pesar de que la clase política presume y se ufana de comportarse de manera democrática, da la impresión de que las viejas prácticas no sólo no han desaparecido sino que están más vigentes que nunca. Un claro ejemplo de ello es el intento de la presidenta municipal priísta de Naucalpan de Juárez, estado de México, Azucena Olivares, de honrar a su gobernador, figura visible del PRI para la candidatura presidencial en el 2012, Enrique Peña Nieto, poniendo su nombre a un nuevo teatro en ese municipio. Sin embargo, el gobernador mexicano declinó tan amable ofrecimiento, el cual de haberse concretado hubiera sido un flanco para su candidatura presidencial. Lo que llama la atención es que estos intentos por quedar bien con un posible presidente no son aislados. En enero de este año, el alcalde de San Felipe del Progreso, también en el estado de México, Eduardo Zarzo, le impidió a la esposa del presidente Calderón, Margarita Zavala, realizar la entrega de cobijas y juguetes en ese municipio, argumentando que no tenía el permiso de su gobernador para ello, como si éste respondiera a Enrique Peña Nieto y no al electorado que lo eligió. En esa ocasión Peña Nieto no mordió el anzuelo y le pidió disculpas a Zavala por el incidente.

La actitud de Peña Nieto contrasta con la de su antecesor, Arturo Montiel, que no tuvo empacho para ponerle su nombre a una colonia en Chimalhuacán, a un boulevard en Chalco e incluso el nombre de su esposa, Maude Versini de Montiel a un hospital en Atlacomulco. Seguramente Montiel perdió la candidatura presidencial del PRI en 2006 por varias razones, pero su obsesión por figurar fue sin duda un factor que no le ayudó en sus aspiraciones políticas. Ahora su nombre adorna calles y colonias pero Montiel será recordado por varios años no sólo como un aspirante presidencial fallido sino como un político que no resistió las tentaciones del poder.

Es evidente que estamos ya en la etapa final de la definición de la candidatura presidencial y las cargadas políticas se incrementarán conforme pase el tiempo. Aumentarán los aduladores que queriendo hacer un favor a su candidato favorito inventarán todo tipo de estrategias para apoyarlos y, de paso, ganarse su favor. Finalmente, de eso se trata la política: de apostar por un político y de cobrar la ganancia si é-

te triunfa. Eso pasa en todas partes y ha sido la

YA EN LA ETAPA FINAL DE LA DEFINICIÓN DE LAS CARGADAS Y LAS CANDIDATURAS PRESIDENCIALES

AUMENTARÁN ADULADORES QUE
QUERIENDO HACER UN FAVOR A
SU CANDIDATO FAVORITO
INVENTARÁN TODO TIPO DE
ESTRATEGIAS PARA APOYARLOS
Y, DE PASO, GANARSE SU FAVOR

forma de hacer política en México toda la vida. Y ciertamente ha funcionado. Si no pregunté a Francisco Ramírez Acuña, a quien Felipe Calderón recompensó con creces nombrándolo un año secretario de Gobernación por haberlo destapado en público en el 2005. Sin embargo, las formas de expresar apoyo ya no pueden ser las mismas que las practicadas en la época dorada del priísmo. En ese entonces la lambisconería no tenía ningún límite, porque finalmente no afectaba de manera negativa ni el proceso de designación de los candidatos ni sus triunfos, los cuales eran otorgados por el sistema y no por el voto popular.

Es sin duda un signo de madurez política el que Peña Nieto haya rechazado, hasta ahora, las alabanzas a su ego que se le han presentado en el camino. Sin embargo, es difícil afirmar que esta práctica haya desaparecido de la política mexicana. Más bien, todo indica que las adulaciones seguirán existiendo en la política de mil formas: desde los ofrecimientos de nombrar obras públicas o eventos privados con el nombre del gobernante o posible candidato hasta los regalos de todo tipo. Sin embargo, el riesgo mayor de la adulación no estriba en la imagen de debilidad que un político proyecta al aceptar los elogios sino en la capacidad pernicioso de éstos para afectar las decisiones correctas. Ya Maquiavelo advertía a El Príncipe sobre el "contagio de los aduladores". La adulación nubla la percepción de la realidad y lleva a tomar decisiones incorrectas que perjudican no sólo a los gobernados sino al propio político que cae en sus redes. La historia mexicana y mundial está plagada de ejemplos de



Fecha 23.11.2009	Sección Primera	Página 29
----------------------------	---------------------------	---------------------

políticos que labran su desgracias por creer a los adúladores, desde Maximiliano quien pensaba que el pueblo mexicano lo adoraba, hasta Santiago Creel quien estaba seguro de que él era el candidato presidencial de su partido y de la mayoría del pueblo, por no mencionar a López Obrador, el cual dando por seguro su triunfo en el 2006 se dio el lujo de no asistir al primer debate de los candidatos y regañar al presidente en turno.

En los próximos meses los candidatos presidenciales estarán bajo la lupa ciudadana. Y

entonces podremos ver de qué están hechos los aspirantes a Los Pinos. Veremos quiénes son capaces de mantener los pies en la tierra y quiénes se dejarán seducir por los barberos profesionales. Nunca como ahora los aspirantes presidenciales deberán de recordar el viejo refrán popular: "Dios, cuidame de mis amigos, que de mis enemigos me cuidó yo".

jorge.chabat@cide.edu

Analista político e investigador del CIDE